

marcando una trayectoria definida. Los datos y la perspectiva histórica de cada cuestión son, pues, básicos en el enfoque de los temas seleccionados. Se tratan con competencia y seguridad puntos nada fáciles de abordar que tienen que ver con otras áreas de la teología, como la Revelación o la Cristología.

El autor se muestra claramente favorable a la innovación y proyectos que puso en marcha el Concilio y aboga por el avance al que apuntan, bien los documentos eclesiales estudiados o bien las demandas sociales y eclesiales del momento. De unos determinados temas —como el del laicado, y de la necesidad del cambio en su concepción— es más entusiasta que de otros. En algunos, tras haber sopesado con rigor las diversas aproximaciones teológicas, es más cauto en la manifestación final de sus preferencias. Al mismo tiempo, deja ver, de vez en cuando, su admiración por personajes como el P. Congar y rasgos de la espiritualidad ignaciana que le son obviamente familiares, indicados oportunamente en el texto. Por otra parte, en más de una ocasión el lector puede echar en falta un índice de siglas de documentos eclesiales, dada la frecuencia con la que muchos de ellos son citados en todo el libro.—PASCUAL CEBOLLADA, S.J.

C. DUQUOC, *Cristianismo: memoria para el futuro* (Sal Terrae, Santander 2003), 135 pp. ISBN: 84-293-1523-3.

Como su mismo autor, dominico francés que ya ha publicado varios libros sobre temas eclesiales, dice en el prólogo a la edición española, este libro preconiza una Fe liberadora como alternativa a quienes todavía creen que el declive del cristianismo actual puede ser objeto de una solución social o política fruto de acciones eclesiales. Decididamente, la esperanza está garantizada por Aquel a quien la Biblia denomina Roca, por ser inquebrantable. Podemos decir que ésta es la «oferta» que el autor hace al final del texto a través del cual pretende verificar sin mucha complicación la siguiente hipótesis: «la fe primitiva se había mantenido apartada de toda voluntad de dominación social y política, y sólo con su éxito en el siglo IV (conversión del Imperio) se descubrió con la misión de transformar este mundo según la utopía bíblica, interpretada como una tarea socio-política de la fe que condujo a crear la cristianidad, forma terrena de mesianismo institucional. Desde la Reforma esa antigua situación de dominio no ha dejado de obsesionar a la fe oficial. Con el Concilio Vaticano II se inauguró el duelo por ella, pero con todo no ha dejado de alimentar el sueño de ciertos cristianos en un mundo justo y pacífico bajo la realeza de Cristo».

El autor procede de un modo narrativo y de forma esquemática, distribuyendo el desarrollo de lo anterior en cuatro partes y facilitando la comprensión al máximo, para lo cual al inicio de cada una de las cuatro partes presenta en dos sucintos párrafos qué caminos va a recorrer en los capítulos de la misma.

La primera parte dedicada al nacimiento de la fe se centra en los que para el autor son los tres principales figuras en medio de una historia bíblica multiforme: Abraham, Moisés y Jesús. A través de lo que él llama *memoria enterrada*, Abraham y Moisés, los hombres que por la fe permanecieron creyendo a pesar de que la promesa no se cumplía ni en la posesión de la tierra, ni en la descendencia; hicieron el duelo de los contenidos demasiado particulares y se elevaron, a través de una historia dramática, a una percepción menos territorial y más universal de la antigua pro-

mesa. En su peregrinaje, el pueblo de Israel se consagra como pueblo de un Dios errante que no mora en ningún lugar particular y siempre ansía ser buscado, y esperado para instaurar su Reino. Y es este reino el que Jesús anuncia. Jesús, llamado *un artesano por los caminos* despliega en su predicación el significado de ese Reino que viene con Él. Un reino que implica unos actos de ruptura y otros de liberación. Y estos anuncios Jesús no los hace en el cielo sino con los pies en una tierra en la que el hombre puede elegir su propia destrucción, situación que explica ciertas imágenes apocalípticas sugeridas por Jesús que aclaran que las propias acciones pueden llevar al hombre a su propia condenación. Eso sí, dejando claro que el fracaso de Jesús en convertir a ese pueblo no es el fracaso de su perdón: éste ha quedado adquirido para siempre. Y el fracaso que provocó la muerte de Jesús se debe sobre todo a un conflicto religioso. Los dirigentes del momento decidieron optar por un Dios estable y garante de la religión establecida frente a un Dios nómada cuyo portavoz hace afirmaciones paradójicas cuyos efectos sociales nadie sabe hasta dónde pueden llevar. Aún mas, esa condición única de adherirse a la persona del profeta no podía estar por encima de la ley. En esta primera parte resulta especialmente sugerente el capítulo titulado *La Muerte Subyugada* en el que se presenta la Resurrección de Jesús como una realidad de comunicación escogida y libre. Jesús que ahora pertenece al mundo de Dios, un mundo no dominado por la muerte ha vencido. Y muestra esa victoria a través de su capacidad para dominar de nuevo la comunicación apareciéndose únicamente a sus amigos. Esa victoria no es un acontecimiento público de nuestra historia. El anuncio se hizo público gracias a la perseverancia de sus discípulos en proclamar su singular experiencia. Sólo Él posee la iniciativa del encuentro, la manifestación del resucitado no puede separarse de la selección que realiza. Es el mismo y sea cual sea su nueva existencia sólo atestiguamos su extrema libertad, en virtud del hecho de que la muerte ha sido desposeída de todo poder sobre él. Una vez liberado de la muerte por el poder de Dios, no utiliza ese poder para humillar a los que se burlaban de él. Entra en la paciencia que reclama la palabra no violenta, pues a largo plazo la considera más eficaz para suscitar la conversión de los corazones que el exceso de signos provocadores. Su muerte es el signo de que nada es capaz de acabar con el amor que Dios tiene por los seres humanos. Sería inconsecuente que la Resurrección negara su sentido. La liberación con respecto a la muerte, lejos de transformar la paciencia del profeta, la establece sobre el poder mismo de su señorío y de su mesianidad: el resucitado es un Mesías según el deseo de Dios y no según el deseo de los hombres.

La segunda parte dedicada a la consolidación de la comunidad presenta bien pronto el paso que se dio de la marginalidad a la dominación. Los cristianos que habían sido pronto marginados y hasta perseguidos por los judíos y por el Imperio se situaron desde 3 actitudes: una de condena, otra de debate (sobre todo con el pensamiento griego) y la tercera de negociación política que será la antesala de la conversión del Imperio. Esta primera comunidad aun en medio de la dificultad iba consolidándose como grupo. Respondiendo a la exigencia social de cualquier grupo los cristianos se reunían en torno a dos ritos principales, el bautismo y la comida eucarística que les garantizaban unidad, identidad y permanencia. También elaboraron confesiones de fe o Símbolos que sostenían su lealtad y su fidelidad con respecto al mensaje originario. Así, ser cristiano era insertarse en un modo de vida original sobre la base de una forma comunitaria que los ritos y las confesiones de fe no permitían que quedara dominada por la fantasía de cada cual.

El conflicto siguiente lo llama C. Duquoc un combate por la identidad de Cristo. Jesús liberó de la seducción del mal y derribó a la muerte y Dios lo confirmó como Mesías y Señor. Esto que Jesús Resucitado inauguró por el perdón a sus detractores y que Dios hizo suyo fue el signo de su capacidad para transformar el corazón malvado y para introducir en una vida nueva e indestructible. Los cristianos del siglo II no tuvieron problemas en reconocer ahí la Salvación, las dificultades surgieron sobre la identidad del Salvador y la finalidad de su acción. Conflictos que tuvieron su auge en el siglo IV, y que se solucionaron en los distintos concilios que nos dejaron en herencia que Dios es comunión, una pluralidad que no rompe en absoluto la unidad de su realidad. El autor al llegar a este punto da un salto de dieciséis siglos aplicando las conclusiones de esas primeras disputas al momento actual: «Dios se ha implicado en la historia humana no por medio de delegados sino directamente a través de su Hijo. Los debates con el judaísmo y el Islam no podrán evitar esta doble afirmación que descompone la imagen clásica de lo divino y da un valor extremo al devenir de la humanidad. La imagen tomada de la idea de relación o comunión para evocar la vida de Dios está ausente, la mayoría de las veces, como si las comunidades cristianas vacilaran a la hora de sacar consecuencias de la fe confesada hace dieciséis siglos. Con todo, la decisión conciliar de presentar la vida interior de Dios como un juego de entrega y de reciprocidad abre a una conciencia más atenta a la venida de Dios hacia los seres humanos como gratuidad o gracia».

Finalmente a finales del siglo IV las comunidades cristianas habían elaborado una doctrina lo bastante definida y coherente como para llevar a cabo una lectura vivificante de la Biblia. Los nuevos cuestionamientos surgieron al plantearse la cuestión del mal, de sus causas y el lugar de la libertad en el acceso al Reino. Lo que dio lugar al auge del maniqueísmo y al monacato, y a la necesidad de frenar la autonomía radical de la libertad. El modo de resolverlo reconociendo por un lado una cierta antecendencia del mal vinculada a la historia, que privilegia la ruptura original de la humanidad con Dios y por otro lado, respetando la precedencia del amor gratuito divino sobre toda voluntad humana no hizo más que generar una ambigüedad que abriría paso a bastantes cuestionamientos hasta llegar a la Reforma protestante.

La tercera parte que C. Duquoc titula *La conmoción: el sueño político* está consagrada al análisis de la prueba eclesial que suscitó el nuevo vínculo con el orden político hasta la ruptura que se produjo en el siglo XVI. Esta inserción del cristianismo en el Imperio con la conversión de Constantino fue considerada por muchos como domesticación del cristianismo. Para nuestro autor puede considerarse al menos ambigua y distorsionadora del primer proyecto cristiano. Recorre esta distorsión por las siguientes etapas: 1) El entusiasmo y la desconfianza. Lógico entusiasmo. Por fin todas las masas acceden a la fe, la Iglesia puede vivir al descubierto y mostrarse como inspiración para la sociedad civil y política. La desconfianza creció en pequeñas porciones del pueblo que creían ilusoria la naciente alianza entre fe y política. Había que dar un testimonio de ruptura en el mismo seno del mundo que se decía cristiano: nació el monaquismo. 2) La ambigüedad del «transfert». Jesús no había recurrido al poder político para asegurar su dominio en el mundo, y ahora tocaba delimitar el papel del poder político en la venida del Reino. En occidente, el deterioro del Imperio bajo el impacto de los bárbaros y su hundimiento favorecieron que la Iglesia se convirtiera en la única institución y autoridad que en medio del desconcierto de la administración y de la anarquía o crueldad de las costumbres bárbaras pudiera darse un mínimo de vida social, hasta la instauración de un régimen político cristiano por

juramento de fidelidad de los reyes a la fe, en cierto modo, a la Iglesia. En oriente, la continuidad del Imperio favoreció el juego ambiguo de una reciprocidad de dominación de la Iglesia y del orden político. 3) La cristiandad, ilusión generosa y cruel. Ilusión generosa, porque la fe se sintió en la obligación de transformar la realidad social para que ésta se convirtiera en un reflejo, aún provisional, de la paz celestial y de la fraternidad eterna. La voluntad de unificar bajo una misma finalidad la política y el orden espiritual condujo, poco a poco, a tratar a los desviados no como pecadores a los que se debía exhortar y perdonar, sino como rebeldes a los que se debía someter y castigar. Nace la Inquisición. Y finalmente 4) La fractura o el fracaso de la cristiandad. Evidencia de lo ilusorio del anterior proyecto, ya que el Reino futuro no se ha visto anticipado ni desde el punto de vista social ni desde el político. La pretendida realización del Reino de Dios por medio de la institución eclesial había conducido a la perversión de su tarea evangélica. Lutero y Calvino quisieron denunciar y extraer lecciones de ese fracaso sin crear división. El resultado, una reforma que redefinía el pervertido cristianismo sustentándose en «la justificación por la fe» y «la autoridad última de la escritura». Tras un resumen muy claro termina esta tercera parte afirmando que «el destino futuro del cristianismo dependerá de la manera en que la Iglesia sea capaz de liberarse de la nostalgia de la cristiandad y abrirse a una comprensión inaudita de su papel en el mundo y en la historia».

El cuarto y último capítulo, titulado *El duelo y el sobresalto* analiza breve pero clarívidamente las resistencias de la Iglesia Católica a cualquier cambio o cuestionamiento provocado por la Reforma, incluso a pesar de su pérdida de autoridad sobre regiones enteras. Esta opción por resistir a la novedad no venía sólo por cuestiones teológicas, sino de la humillación sufrida: la Iglesia perdía su monopolio y su hegemonía. La Iglesia Católica se hizo desconfiada e inició la llamada «pastoral del miedo». Respuesta ciertamente errónea que favoreció que la idea de cristiandad perdurara casi enfermizamente bloqueando todo posible pensamiento ecuménico.

Siguió a la Reforma la laicización de la sociedad y de nuevo la Iglesia optó por la resistencia. El fracaso de la cristiandad desencadenó una ruptura en las relaciones entre la sociedad civil, los Estados y la Iglesia. Ruptura que se apoyó en un uso inédito de la razón. El poder político ya no está inspirado, aconsejado o vigilado por la Iglesia, comienza la laicización. La creciente oposición durante los siglos XVII y XVIII frente a la hegemonía doctrinal y ética de la Iglesia católica no incitó a los responsables de ésta a realizar un esfuerzo de comprensión con respecto a las reivindicaciones que se expresaban en: el estirón del ateísmo, el nacimiento de un deísmo de buena ley, el interés que se consagraba a la democracia, la aparición de sentimientos religiosos románticos, la convicción de que la libertad del individuo debía formar parte del fundamento de la sociedad. De ahí lo más seguro era condenar (Syllabus) y atacar como quien está constantemente asediado. Quizás el exceso favoreció la aparición de otra orientación que nuestro autor llama compromiso. El exceso de oposición a la Reforma y a la modernidad trajo consigo el comienzo de un proceso de reflexión. Esta vez el Papa León XIII no se defendió, sino que abrió un espacio para el compromiso con el mundo político moderno. Esta nueva orientación hacia el compromiso sólo llegó realmente a expresarse claramente en el Vaticano II ya que antes siguió encontrando claras resistencias en la institución católica. Finalmente se fortalecieron los dos ejes que tocaban a la puerta hace mucho: el ecumenismo, la relación de la fe cristiana con este mundo, y la lectura científica de la Biblia que abría un horizonte demasiado tiempo cerrado.

Se puede decir que toda la crisis de la reforma y de la emancipación laica será afrontada a partir de ese momento de una manera fecunda. Se va a dar una nueva comprensión de la iglesia visible que va a permitir leer la historia de la iglesia desde sus inicios con una lógica más real. Se da una negativa a controlar el devenir del mundo que puede mirarse de un modo positivo. Y sólo así puede interpretarse la Reforma y la laicización como signos de los tiempos. C. Duquoc se pregunta ¿Qué favoreció este proceso? Y tiene muy clara la respuesta: la relatividad doctrinal de los signos de los tiempos y de ahí de la conversión del imperio; la mediación de la iglesia y el actuar del Espíritu, entre los que hay una distancia efectiva y la renuncia a que la marcha del mundo sea un calco de la marcha de la Iglesia o lo que es lo mismo el reconocimiento explícito del principio de autonomía.

Y así llegamos al último capítulo y a la conclusión que van de la mano: la fe liberadora, una fe que no teniendo que apoyar, organizar o controlar la política, la cultura y la economía trabaja tanto en el corazón de estas realidades colectivas como en el corazón de los individuos. Una fe profética, que no es una moral, sino una fundante atracción de Dios que inevitablemente es generadora de paz y justicia. Por tanto, si este «asunto» le atañe sobre todo a Dios no hay fundamento para el pesimismo. Pero sí hay espacio y clamor para que la Iglesia se muestre sin ambigüedad. Las instituciones eclesiales, en el tiempo de la emancipación tienen como finalidad principal apoyar al creyente en su fe e incitarle, mediante ese apoyo a la tolerancia y al cuestionamiento inherente a una fe que renuncia a todo intento de dominación. Las instituciones eclesiales, en función del juego democrático de nuestras sociedades, deberán volverse lo suficientemente discretas como para que la palabra de Dios obtenga su poder de sí misma. Se puede articular de un modo nuevo la relación entre la fe y la esperanza última, confiando en un Dios que acepta vivir en la incertidumbre y ahí salva y libera sin programas ni sueños socio-políticos que pueden fracasar y concluir erróneamente que es el cristianismo el fracasado.

Cristianismo: memoria para el futuro es claramente una obra al alcance de todos y no por ello sin el rigor necesario para poder asimilar una síntesis clara y fluida de los ejes fundamentales sobre los que se ha articulado el cristianismo y que pueden explicar el hoy del mismo y orientar su futuro. Como bien dice el título, lo que C. Duquoc hace es rescatar de la memoria aquello que puede generar futuro, aceptar algunas muertes para recibir la Vida que aguarda siempre a los que han puesto su confianza en Dios y no en los poderes humanos.—INÉS OLEAGA.

TEOLOGÍA ESPIRITUAL

TONI CATALÁ, *Vida Religiosa «a la apostólica»*. *Hombres y mujeres que quisieron seguir al Señor con mayor libertad* (Sal Terrae, Servidores y testigos, Santander 2004), 173 pp. ISBN: 84-293-1529-2.

Con su vitalidad y concreción características, Toni Catalá ofrece en su último trabajo un manojo de reflexiones críticas y esperanzadas, y por eso certeras, sobre la si-